

Uso y cuidado de la lengua española en la ciencia

FEDERICO J. C-SORIGUER Y ANTONIO DIÉGUEZ (COORDS.)

Granada, Editorial Comares y Fundación Lilly, 2025. 203 páginas.

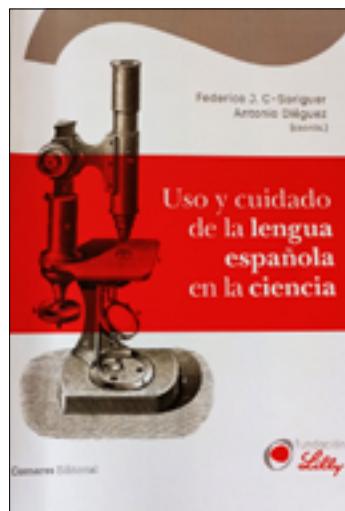
ISBN:978-84-9045-841-9. Acceso abierto

¿Es posible una ciencia en español? De algún modo, esta es la pregunta que recorre el libro *Uso y cuidado de la lengua española en la ciencia* coordinado por Federico J. Casimiro-Soriguer y Antonio Diéguez Lucena, una pregunta compleja y arriesgada, pero necesaria, que ya antes de ser respondida anuncia algunas concepciones en torno a la lengua española y la ciencia. Pareciera, en primer lugar, que la ciencia no se dice y nunca se ha dicho en español; y que esta, por ende, y, en segundo lugar, se expresa y se ha expresado en otra(s) lengua(s). Lo primero es, como sabemos, históricamente falso. Lo segundo resulta hoy evidente. Como afirman los coordinadores con cierto desaliento, vivimos desde hace décadas tiempos de monolingüismo científico. La lengua inglesa se ha convertido progresivamente en la lengua de la ciencia e, incluso, de los estudios sobre la ciencia. A pesar de todo, esto no debe desviarnos de nuestro camino. Los investigadores e investigadoras hispanohablantes debemos sentir la confianza de pensar y escribir en nuestra lengua, porque la lengua es mucho más que un lenguaje.

En este desafío casi utópico se han embarcado los más de veinte autores que conforman el volumen colectivo, un reto que implica tanto pensar hoy la presencia del español en la ciencia como buscar potenciales vías de desarrollo que ayuden a mejorar la cantidad y calidad de investigaciones científicas en lengua española entre la comunidad hispanohablante. A la luz de este desafío, a todos los autores se les plantea una nueva pregunta: ¿es el español

una lengua de conocimiento y, en consecuencia, una pieza estratégica en el progreso de la ciencia? Muy a pesar de los datos, las métricas y los porcentajes—presentes en varios capítulos de la obra—sobre la presencia del español en la ciencia, los dieciocho capítulos ofrecen análisis y propuestas a tener en consideración. Unos hacen un análisis del presente, otros se atreven a hacer propuestas de futuro.

En el primer capítulo Antonio Campos analiza la dimensión humana y la dimensión científica del lenguaje médico como las dos caras de una misma moneda o, en sus propias palabras, como “dos lados de un lenguaje que nos permite vivir en nuestro idioma el dolor humano que supone la enfermedad y la esperanza humana que supone la investigación y la tecnología médicas” (p. 15). Federico J. Casimiro-Soriguer, en el capítulo



dos, repasa algunos de los proyectos estratégicos más recientes en torno a la lengua de la ciencia para hacer un llamamiento crítico contra el monolingüismo científico y en favor de la búsqueda de un consenso social y político que permita construir una ciencia en español. El tercer capítulo, a cargo de Pedro J. Chamizo Domínguez, se detiene, a través de múltiples ejemplos, en las transformaciones lexicográficas que se dan en el propio desarrollo de la ciencia, y lo hace desde una perspectiva kuhniana. Antonio Diéguez Lucena, en un ejercicio breve y casi autobiográfico que refleja la realidad de la gran mayoría de los académicos hispanohablantes, muestra las costuras de lo que supone hacer carrera en otra lengua y apela en el capítulo cuatro a la necesidad de implementar las políticas públicas de la ciencia y la divulgación científica en nuestro idioma. En el siguiente capítulo, el quinto, la socióloga María Ángeles Durán analiza el español en la ciencia y en la sociedad española en general como fuente de desigualdades.

Siguiendo su filosofía de la tecnociencia, Javier Echeverría Ezponda nos anima, en el capítulo seis, a hablar de tecnociencia en tecnoespañol, ya que no se trata solo de expresar sino de innovar y generar conocimiento en español. Y hace una advertencia: en la actual revolución tecnocientífica, la innovación sólo estará en manos de aquellas lenguas mejor dotadas tecnolingüísticamente, todo un aviso a navegantes. En el capítulo siete, Diana Esteba Ramos realiza, desde una óptica casi latouriana, un estudio de caso de algunos laboratorios de la Universidad de Málaga a partir de las teorías sobre el paisaje lingüístico en contextos académicos, que demuestra la riqueza lingüística y textual del quehacer cotidiano de los científicos en su espacio de trabajo. David Fernández Vítores se atreve a imaginar el futuro planteando una hipótesis razonable y llena de esperanza. Fernández Vítores cree que pronto todos escribiremos en nuestra propia lengua y será Internet la herramienta encargada de traducir a otras lenguas, almacenar, divulgar y comunicar los resultados de la ciencia. Se haga o no realidad, se trata de una conjetaura plausible. Por su parte, Juan Antonio García Galindo escribe unas páginas llenas de entusiasmo y extiende el objeto de este libro a un espacio iberoamericano de conocimiento, del que también forma parte el portugués. El esfuerzo colectivo y compartido de estas dos lenguas hermanas acabará por consolidar, según el autor, dicho espacio cultural. En el capítulo diez, Antonio Jiménez-Blanco dedica unas sucintas notas al lenguaje de los juristas en general y al español jurídico en particular como un *locus amoenus* donde aún no ha penetrado el imperialismo lingüístico dominante.

Antonio Lafuente y Joaquín Rodríguez-López identifican, en el capítulo once, tres motivos de preocupación ante la hegemonía anglosajona en la comunicación de la ciencia, a saber: 1) el monolingüismo y sus asimetrías; 2) el inglés como punta de lanza del imperialismo norteamericano y su supremacía política y cultural, y 3) prescindir –equivocadamente– de los saberes experienciales de ‘los que no saben’. Para los autores, “combatir la dominación sociolingüística, el supremacismo norteamericano y el capacitismo experto son asuntos de la incumbencia de todos y de todas. No intentarlo es la principal amenaza para la ciencia, antes de que ya solo sea un asunto privado, corporativo y autoritario, además de distante, elitista e indolente” (p. 125). En el decimosegundo capítulo, Lluís Montoliu escribe sobre los anglicismos y el uso ‘correcto’ de la lengua española en las ciencias biomédicas. A continuación,

en el capítulo trece –el único que no incluye referencias bibliográficas, dicho sea de paso– Lola Pons hace una genealogía de la palabra ‘marasmo’ para probar a partir de un único caso la popularización de términos científicos en español desde el siglo XIX hasta nuestros días. En un ejercicio parecido, Rosa María Rodríguez Magda llega a la conclusión de que no, el español no es una lengua que genere términos científicos, y no, la traducción y españolización de términos ingleses no es siempre la mejor opción. La palabra equívoca *gender* constituye un buen ejemplo. Con parecido entusiasmo al de García Galindo, Inmaculada Clotilde Santos Díaz ofrece datos muy positivos sobre las publicaciones científicas en español y nos convence de que “el uso del español contribuirá a reducir la brecha de conocimiento y entendimiento entre la ciencia y la ciudadanía, y constituirá en sí mismo un puente de unión y conexión que repercutirá en los avances de la ciencia y en su democratización” (p. 169).

En el capítulo dieciséis, Mercedes Siles Molina contrapone la mal llamada inteligencia artificial a la riqueza de la inteligencia humana, haciendo una defensa a ultranza de la lengua como interpretación del mundo, donde el español tiene algo que decir. En el penúltimo capítulo, Rogelio Velasco Pérez analiza el poder económico de la lengua española, que, por su fuerza geográfica y transnacional, no va a la zaga de otras lenguas occidentales. Para cerrar el volumen, Enrique Viguera dedica unas páginas a la revitalización de la divulgación científica española, que, gracias a la era digital, ha abierto un nuevo panorama en el ámbito nacional.

En su conjunto, los dieciocho capítulos continúan, con nuevos ingredientes históricos —como son el auge de las redes sociales y la inteligencia artificial—, una larga tradición que reflexiona acerca del lugar que ocupa y debería ocupar la lengua española en la producción de conocimiento científico. Y lo hacen, además, y esta es una de sus mayores virtudes, sin ningún sesgo político-ideológico manifiesto. Por decirlo rápidamente, el lector encontrará en este libro un intento honesto y comprometido por pensar en español la difícil relación que nuestra lengua mantiene hoy con la ciencia. Sirva esta reseña de elogio para quienes, de tanto en tanto, nos obligan a salir de la vorágine académica de la elaboración de *papers* y nos recuerdan que existen otros puntos críticos y primarios que conviene no olvidar.

Antonio Sánchez
antonio.sanchezm@uam.es